XLII
3-1

ELISEO SALVADOR PORTA

ARTIGAS

Valoración Psicológica

989.504
Art
Por

TOMAS GOMENSORO
(Dpto. de Artigas)
1958

EL AUTOR de este ensayo nació en Tomás Gomensoro, pueblecito del departamento de Artigas, el 13 de marzo de 1912, y allí vivió su niñez. Cursó luego en el Liceo Departamental, y a los diez y ocho años llegó a Montevideo donde continuó sus estudios hasta graduarse de médico. Durante el cuarto de siglo de residencia en la capital, participó en luchas gremiales y colaboró en diversos periódicos.

Pudo, finalmente, abandonar Montevideo, y regresó a su pueblo de cuyo Puesto de Socorro se hizo cargo. En 1957 obtuvo, por concurso, clases de geografía en el Liceo de la localidad vecina de Bella Unión. Allí, con un grupo de vecinos que rodearon a don Emilio Trías Du Pré, intervino en la fundación de "GUION", periódico quincenal, del cual es director en la actualidad.

Es autor de las siguientes obras: "Estampas", versos, publicado en 1943; "De aquel Pueblo y sus Aledaños", cuentos, 1951; "Con la Raíz al Sol", novela, 1953; "Ruta 3", novela, 1955. Las dos últimas fueron premiadas en los respectivos concursos anuales del Ministerio de Instrucción Pública.

ARTIGAS

Valoración Psicológica

IMPRESO EN EL URUGUAY

A los alumnos del Liceo de Artigas, donde fuí alumno: a los alumnos del Liceo de Bella Unión, donde soy profesor.

E. S. P.

Los domingos por la tarde, mientras el pueblo todo está en el fútbol —que es, hoy por hoy, donde desfogan los uruguayos el valor ancestral— yo visito a don Plácido, mi antiguo maestro, jubilado al presente, que habita una casucha con vistas a los campos.

En estas páginas recojo algunos conceptos que sobre José Artigas le oí, mientras estábamos en sendos butacones, mirando por "la ventana de las tres colinas".

Le dimos ese nombre porque desde ella se ven, bajo cielos diversos, tres franjas de campo: propincua, mediata y remota; ese cuadro nativo, escenario de nuestra historia, sufrida toda *sub Jove* y no en riñas palaciegas.

Son tres escalones por los cuales ascienden la vista y el pensamiento, desde lo preciso hasta lo abstracto.

En la primera se disciernen los pastos y mío-míos, tal cual hormiguero, y todos los detalles de un pequeño algarrobo que sobrevive de puro rústico.

"Con los ojos en ella —explica don Plácido — pienso en mis lechugas noche a noche devoradas, en las comadrejas que visitan mi gallinero, en la tela de Penélope del cercado que las vacas hambrientas destruyen cada verano, y en mil otros afanes de mi vida doméstica".

En la segunda aparecen, sobre fondo liso, ciertas motas de color que son vacas o caballos, y otras, semejantes a grumos —las ovejas — que a veces, congregadas, se desplazan como nubes. Pertenece por entero a un hombre solo. Su abuelo, prestigioso en paz y en guerra, la poseyó virilmente, sin papeles que testificasen su derecho; su padre puso en regla los títulos, y la poseyó sin pena ni gloria; y el nieto, dueño según los mismos documentos, ya no la posee en verdad, porque vive en Montevideo y, joven todavía, es socialmente viejo.

La tercera es fluída. En ella están inmersos rumbos vagos y áreas incógnitas, donde puede anidar la fantasía. Ya, al pronto, se sublima toda cielo; ya sedimenta incorporándose a la tierra. Es una zona donde luchan lo imponderable y lo concreto. Desaparece bajo las tormentas, las nubes de langosta y el humo de quemazones ignoradas, como si todas estas có-

leras turbaran el pensamiento, frustrando su vuelo hacia las ideas generales.

"Es la colina metafísica".

Aquella tarde, apartados un tanto de la ventana, sólo veíamos la segunda y tercera colinas, y divagaba yo acerca de como un tal paisaje, tan espiritado, puede inclinar a la meditación y al ensueño; y dado que por entonces pergeñaba una monografía sobre las vinculaciones que con esta región tuvo nuestro héroe epónimo (1), no tardé en agregar:

—Imposible no suponer que estas lejanías, que él tanto frecuentó, que este silencio y estos perfiles influyeron en su ideal político. Debe observarse que su acción y su prestigio coincidieron con una cierta geografía de praderas onduladas y cursos de agua marginados de monte. Fuera de ese marco no fue comprendido.

Una desmesurada pampa sin accidentes no hubiera sido el asiento de provincias singularizadas; y una trama de montañas sólo habría

---

(1) El autor escribe en el departamento de Artigas.

encasillado localismos renuentes a la unidad; pero su plan de autonomías provinciales en una unión nacional, se amoldaba sobre esta penillanura y estos ríos.

—Sin duda —dijo don Plácido, que siempre comenzaba sus réplicas con esa fórmula conciliadora— pero ¡qué difícil es discernir cuánto y cómo influye el país sobre el hombre, y aún más, sobre cierto hombre! Esta dificultad ha sido substituída por la facilidad, y las más seductoras simplificaciones han florecido. Singular es la biografía que no explique el rumbo del héroe en función de la raza, la religión, la enseñanza, el medio, etc., erigiendo así una tesis sobre la excepción, no sobre la regla, ya que miles de conterráneos del protagonista, sin excluir sus compañeros de colegio y hasta, si cabe, su hermano mellizo, estuvieron bajo iguales influencias sin llegar a lo que él llegó.

En el estudio de los animales el error más común es imponerles un canon antropomorfo, y tocante a los hombres, el daño está en atribuirles la plástica condición de las bestias frente a las influencias exteriores. ¿Quién niega la impronta del habitat sobre el habitante?: Nadie; pero quizá ello no afecte sino lo formal por

lo que al hombre toca.

Somos, hijo mío, la criatura maravillosa que no puede ser explicada sino suponiéndola contradictoria, capaz de reaccionar *au rebours* tanto como a derechas.

Pero, aún suponiendo aquello, ¿cómo descubrir, entre los innúmeros de la vida, el minuto decisivo que desencadena en tal cual hombre las fuerzas que posee, y que lo enfilan por un rumbo preciso? Porque no podemos ignorar que en nuestra especie, por dicha, existen individuos sobre los cuales resbalan las más sistematizadas y machaconas influencias, pero en cambio responden recónditamente a un cierto toque que tal vez nadie —incluídos padres, maestros y él mismo— vio llegar, y que hasta pudo llegarle en sueños. Y son, precisamente, los más cargados de fuerza quienes así se comportan, para asombro de sus coetáneos y demás hombres.

Tal vez un episodio de la vida del Pobrecito de Asís causó en el alumno de los franciscanos una llaga más viva que cuanto vino después.

Lo que en nuestro Artigas me conmueve, no es tanto su adecuación a un tiempo, un espacio y un pueblo dados —eso es contemporaneidad,

especie transitiva— sino la excelencia de su devoción en el manejo de la cosa pública.

Más que sus ideas, celebro su conducta. En ella debemos buscar su trascendencia; es por ella que llega hasta nosotros o, mejor, es por ella que está delante de nosotros, esperándonos.

Advierte, hijo mío, la condición de inmanente que tiene la conducta por oposición a las fórmulas: Estas son históricas, es decir, sujetas a proceso —nacen, culminan, mueren—; aquella, en cambio, goza de perenne frescura. El hombre puro es el único que no puede ser superado; por lo que se ha dicho que lo que llamamos progreso no atañe a la santidad, ya que no se puede ser más santo hoy que en los siglos precedentes o venideros. Por el contrario ¿qué intelecto, magüer se trate del genio, hubo o hay en el mundo que no haya sido o pueda ser rebasado?

Sólo otra categoría humana resiste al tiempo: el arte, cuyo "encanto eterno" —la frase es de Carlos Marx— reside en el hecho de ser la expresión individual por excelencia y, por ende, sin par y asombrosa.

Pero la Ilíada, la Venus de Milo, la Gioconda, no comprometen mi actitud hacia el pró-

jimo; en cambio no puedo al respecto ignorar a Francisco de Asís y proceder como si él no hubiese existido.

Cuando la conducta de un semejante llega a tales extremos, que se convierte en acontecimiento moral, todos quedamos implicados.

Calló un instante mi maestro y, al cabo, dijo como para sí, con los ojos perdidos en la última colina: —en Jesús, no es la divinidad que le atribuyen lo que me acucia, porque, de ser un Dios ¿cómo podría comprometerme?; sino el haber como hombre cumplido la Pasión. Es mi ateísmo, pues, lo que a él me obliga. Y a continuación vuelto a mí:

—Cuando D. Quijote, en la réplica al cuadrillero de la famosa venta le decía que un caballero andante, como él era, se bastaba para dar cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se le pusieran por delante, lo que manifestaba era su excelencia como campeón del bien, en relación con los demás hombres, de donde infería su derecho a castigar y predicar.

Su impetuosidad era expresión de lo mismo, y un dramático intento por traducir espectacularmente su íntima realidad, que era el

40161

ser bueno. Su ira, que tan de pronto se inflamaba, era una exaltación de amor al prójimo, a la viuda y al huérfano. El fuerte brazo de que presumía, el lanzón y las jactancias del altisonante don Quijote de la Mancha, no eran sino símbolos de Alonso Quijano el Bueno.

Sus acometimientos era filantropía en acción; no según la desvaída acepción presente, en que se la confunde con el dar limosna, lo que puede cumplirse sin amor y hasta con asco —hay quien alcanza un óbolo al leproso volviendo el rostro— sino amor al hombre según la *simpateia* griega, que entraña el darse uno mismo para sufrir con el que sufre.

La desproporción entre el caballero y los gigantes que acomete, coyuntura que se repite con mercaderes, yangüeses, chusma venteril y mesteños, no es sino desencuentro entre su moral trascendente y la moral en uso. Sus desventuras dimanan de esa inadecuación. Las de Artigas también.

¿Tu sabías que de Artigas se dijo, en carta de don Gervasio Posadas al general San Martín: "Ese don Quijote"?

¡Naturalmente!: El héroe parece loco desde el instante en que su planteamiento entre el

bien y el mal se hace tajante.

La política de Artigas con los indios pareció tan escandalosa como la liberación de los galeotes por el hidalgo manchego.

Ambos dieron las mismas razones: El caballero español arguyó que los galeotes eran, de suyo, "libres", y que bastaba el que fueran "por fuerza y no de su voluntad" para que él los soltara, lo cual proclama el poder redentor del amor, no el del castigo, que vale tanto como creer en la exquisitez íntima y potencial del hombre.

Y nuestro caballero, a su vez (1), respecto a los indios: "Acordémonos de su pasada infelicidad y si ésta los agobió tanto, que han degenerado de su carácter noble y generoso, enseñémosle nosotros a ser hombres, señores de sí mismos". Y más tarde (2): "Los indios aunque salvajes no desconocen el bien y aunque con trabajo al fin bendicirían la mano que los conduce al seno de la felicidad, mudando de religión y de costumbres. Este es el primer deber de un magistrado que piensa en cimentar la pública felicidad". Y también: "Es preciso

(1) Carta al Gobernador de Corrientes.
(2) Carta al Cabildo de Corrientes.

que a los indios se trate con más consideración, pues no es dable, cuando sostenemos nuestros derechos, excluirlos del que justamente les corresponde. Su ignorancia e incivilización no es un delito reprensible. Ellos deben ser condolidos más bien de esta desgracia, pues no ignora V. S. quien ha sido su causante, ¿y nosotros habremos de perpetuarla? ¿Y nos preciaremos de patriotas siendo indiferentes a este mal? Por lo mismo es preciso que los magistrados velen por atraerlos, persuadirlos y convencerlos y que con obras, mejor que con palabras, acrediten su comprensión y amor filial".

Considera, hijo mío, que si la política frente al indio hubiese estado enderezada hacia esos principios, muy otra sería América, desde Alaska hasta Tierra del Fuego.

Bien está que los jóvenes sepan que las opiniones de Mariano Moreno en "La Gaceta"; la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de Norte América, su Constitución y su historia; el contacto con Azara y la posible lectura de la Memoria Rural de éste; la noticia

sobre la "Declaración de los Derechos del Hombre" y "El Contrato Social"; el conocimiento de los fueros españoles, etc., etc., fueron raíces del ideario artiguista.

Bien asimismo que aprendan que concibió la reasunción de la soberanía de los pagos como consecuencia natural de la revolución, o como la revolución misma (1), a la que habría que seguir la integración en provincias las cuales, a su vez soberanas, pactarían una Confederación de donde surgiría más tarde, concluída la guerra, el gran Estado Federal (2).

Eso atañe al Artigas político; pero hay otro, más hondo, que sobre ser de suyo recóndito, ha sido velado por el prestigio del primero.

El dirigente político aparece como el racionalizador de las voluntades vagas de las masas; el descubridor de la consigna en la que cada cual reconoce de inmediato su propio grito; él es el que transforma en pensamiento sistematizado las imprecaciones y los ayes; el des-

(1) "La soberanía particular de los pueblos, será precisamente declarada y ostentada como objeto único de nuestra revolución", Art. 8 de las instrucciones a García de Zúñiga, enviado ante el triunvirato porteño, al regreso del Exodo.

(2) Etapas según interpretación de Eugenio Petit Muñoz.

cifrador de sueños; el formulador de lo inefable; el que, vertiendo en moldes de razón el odio, la angustia, el miedo, la esperanza, la expectativa ansiosa, surge como ordenador del caos ideológico y emocional.

Su genio es apogeo del sentido común y la oportunidad. Es original y detonante entre los hombres como la flor respecto al follaje y a las oscuras raicillas que la nutren y la reconocen por suya. Es conspicuo porque devuelve en haces ordenados los infinitos rayos que recibe. Es el fenómeno, vale decir, ateniéndonos a la etimología, lo que aparece y brilla.

Reconocemos esta figura en el Artigas que alzó la campaña oriental contra los españoles, en el del "Reglamento Provisorio para el Fomento de la Campaña", en el de las "Instrucciones del año XIII".

Toda esta fenomenalidad del dirigente político es compatible con la indiferencia del corazón, y hasta se piensa que ello es premisa de aquella lucidez.

Pero existe un corto número de dirigentes, entre los cuales figura Artigas, que, después de trasmutar la informe pasión de todos en razón propia, y logran que ésta impere, se apa-

sionan a su vez por la idea, con pasión imperiosa, la entronizan en su ardiente corazón, y comienzan a vivirla en puro fervor, y así prosiguen hasta las últimas consecuencias, que siempre son dramáticas.

Subliman la razón hasta convertirla en fe, y se adelantan sobre la escena causando el asombro de todos, promoviendo adhesiones y odios fanáticos, y aquella precedencia ordenadora, cede ante los extremos de la guerra santa.

Este proceso no se opera sino en almas proclives a lo sublime, cual era la de Artigas.

Desde el principio asume abrumadoramente su dignidad de Jefe de los Orientales, y a ella condiciona su vida para siempre.

Confiesa, hijo mío, que los hombres estamos habituados a movernos entre nosotros a la manera de los peces de un cardúmen: esquivándonos, retrocediendo, haciendo rodeos curvilíneos, buscando huecos donde insinuarnos, con prudencia, temor, respeto, cortesía, desgano, indolencia, según los casos. Así teje la sociedad la malla de sus acciones y nos toleramos mutuamente. Imagina qué cambio introduce en ella el semejante que, poseso de la conciencia de su investidura, irrumpe por

en medio, inflexiblemente, ciego a todo lo que no sea la estricta ejecución de su papel. ¡Qué de encontronazos, qué de remolinos, qué de protestas, qué de anatemas!

Un ser así es singular en el seno de la familia, en la oficina, en el club, en el partido. ¡Supóntelo al frente de los negocios públicos! Entonces hay en la historia un sobresalto.

Son almas en tensión que, por lo mismo, sólo encuentran su centro en lo más recio de la lucha, y si ésta mengua, ellos la atizan con su vibración y su temple, a fin de mantener el tono heroico.

"Nuestra historia es la de los héroes" declara Artigas en su Oración de Abril a la Asamblea de la Provincia Oriental en 1813. Y agrega: "El carácter constante y sostenido que hemos ostentado en los diferentes lances que ocurrieron, anunció al mundo la época de la grandeza". "No hay un solo golpe de energía que no sea marcado con el laurel". Es el lenguaje de un hombre que endereza todas sus potencias hacia el alto destino prefijado.

Y el año anterior había dicho al Cabildo de Buenos Aires desde la barra del Ayuí, por boca de los jefes del Ejército Oriental: "El carácter

de libres era nuestra riqueza, y el único tesoro que reservaba nuestra ternura a nuestra posteridad preciosa".

Advierte, hijo mío, que en esta frase, que no era tal solamente, porque estaban las obras para abonarla, aparece un secreto resorte: la obsesión de la posteridad.

¿Cuántos de nosotros ponemos a su servicio nuestra cotideaneidad? Sin duda todos queremos alcanzarla; pero mucho va de que sea por orgullo a que sea "por ternura", por considerarla "preciosa".

Excelso amor, que de tan extremado es agresivo, y que ni por tanto se sacia, sino que aún se proyecta hacia el futuro!

Obvio es que alcanzada esa trascendencia no haya lugar en almas tales para los odios o para los amores minuciosos; y asistimos entonces a la lenidad con que tratan a sus enemigos personales, y el despego respecto a familiares y allegados.

Ambos razgos concurren en Artigas, no a integrar una personalidad "contradictoria", según se dice, sino como epifenómenos de su esencial filantropía.

Las manifestaciones concretas y particulares

de su afectividad pasaban como briznas a sublimarse en la devorante abstracción, y en ese toque lo distinguiremos de aquellos en quienes todo ideal se pudre y se degrada, a veces hasta la venganza o el nepotismo...

Los humanos usan a menudo las grandes palabras y las bellas fórmulas, sin creer en ellas, como proceden con la moneda falsa, promoviendo su circulación, en vez de hacerla suya; mas tanto manoseo les quita su relieve, y concluyen por ser lugares comunes del lenguaje; pero de pronto un semejante nuestro toma a pechos tal cual máxima moral, así sea la más simple, la infunde en la masa de su sangre, la carga de los explosivos significados del sacrificio y el dolor, la inflama de una avasalladora novedad, le devuelve su emoción y su fuerza, y con ella enarbolada como un pendón insólito, avanza, absoluto, intransigente, pristino, haciendo que todas las fuerzas del cuerpo y del alma alimenten el ideal que a cada paso es más devorador.

Millones de creyentes repiten a diario el Padre Nuestro; pero imagina que uno solo da en ajustar su vida a la condición que esa plegaria exige para que se nos perdonen nuestras

deudas: la de que antes perdonemos a nuestros deudores. ¿Qué ocurriría? Que ese hombre aparecerá a los ojos de sus semejantes, empezando por sus familiares, amigos y correligionarios, como tremendamente distinto a todos ellos, y una atmósfera de escándalo lo rodeará.

Cierto ingenuo planteo escolar quiere que en el héroe nacional se cifren todas las virtudes sociales y domésticas, y proliferan las monografías donde ha de ser amantísimo esposo, ejemplar "pater familias" y el mejor amigo del mundo.

Sin duda los hay de tal guisa, como el Cid, que sobre ser el más excelente esposo, padre y amo que pudieron tener, Jimena, sus hijas y servidores, era más buen vasallo que lo que el Rey se merecía; pero, en general, al protagonista hemos de considerarlo en su función específica, y desde el instante que se engolfa en ella, sus íntimos lo desconocen y se preguntan: "¿Quién es este hombre?", ni él atiende a los suyos según la carne sino que, rodeado de los que participan de su agonía, dice: "He aquí a mi madre y mis hermanos".

Artigas se casa cumplidos ya los cuarenta y

tria y el llanto de los hombres de bien. Yo he regado su sepulcro con mis lágrimas y he tributado a su memoria todos los honores debidos a su mérito admirable. Sin embargo, sus trabajos y su gloria piden una demostración más general. La provincia le debe las fatigas de cinco años. La victoria coronó tres veces sus esfuerzos, y sus resultados bienhechores halagaron la consolidación pública. Yo invito a todo el civismo, la ternura y gratitud, de esa ilustre corporación (se dirige al Cabildo de Montevideo) a que acompañando mi justo dolor y el del ejército, lleve su memoria al pie de los altares, dedicando un día de piedad religiosa en su obsequio. Y para eternizarla como corresponde a nuestra historia y a la gloria particular a que es tan dignamente acreedor, he tenido a bien determinar un convite fúnebre que deberá seguirse a las exequias del templo. Usted tendrá la dignación de celebrarla en su casa consistorial, haciéndolo servir con la mayor frugalidad, concurriendo en ropa de ceremonia y presentando al fin la única copa que habrá, a la memoria de aquel ciudadano fiel, derramará todo su licor sobre una palma que ocupará desde el principio el centro de la mesa.

Llevemos así su nombre glorioso a la posteridad, y uniendo constantemente nuestras lágrimas, démosle un ejemplo de gratitud y enseñemos a honrar la virtud de un hombre que vivió para servir a sus hermanos y bajó a la sepultura con tan preciosos deseos".

Todo su énfasis está puesto en la "res" pública; es por ella y para ella que se emociona. Blas Basualdo había "llenado su destino", viviendo "para servir a sus hermanos" según la causa.

Artigas "se acordaba con lágrimas en los ojos de Valdenegro y de Ventura Vázquez", que habían sido "venales y ambiciosos" (1), porque eran miembros de la cruzada y debían participar de su grandeza. Por eso llora asimismo con motivo de la sublevación del regimiento de blandengues en Mercedes.

Isabel Sánchez y Melchora Cuenca tampoco introducen el menor desvío en su trayectoria.

---

(1) Testimonio del coronel Cáceres (Archivo mitre). V. Vázquez lo había abandonado en el Ayuí, yéndose con el regimiento Nº 4 al campamento de Sarratea. No mucho después, V. Vázquez es enviado, con otros, a Artigas, para que éste sacie su venganza; pero él no le dirige un solo reproche y le quita los grillos.

El vivía para el vasto escenario, recónditamente atenido quizá a la voz de la Biblia que señala en la mujer la eterna Dalila, entre cuyas uñas deja el héroe su melena de león.

Cierto que están Beatriz y Dulcinea, pero no son mujeres sino símbolos del ideal, o el ideal mismo bajo contingente forma femenina.

¿Qué amigos o confidentes tuvo Artigas?

El aparece siempre como hermético y lejano.

Hubo un instante en que, ya no la tropa, sino su pueblo entero lo rodea y, caudalosamente, va tras él, en la más alta consagración que pueda recibir un hombre público; pero la misma exaltación del Exodo, circunstancia inaudita, da al jefe dimensiones sobrehumanas y, en consecuencia su soledad aumenta.

Los gauchos estaban "endiosados en él", según informa el capitán paraguayo Laguardia, que visitó el campamento de Salto Chico; pero endiosar es deshumanizar, y entonces comprendemos al Moisés de Vigni, que dice:

"Sitôt que votre souffle a rempli le berger,
les hommes se sont dit: "Il nous est étranger";
et les yeux se baissaient devant mes yeux de [flamme,
car ils venaient, hélas d'y voir plus que mon [âme.

M'enveloppant alors de la colonne noire,
j'ai marché devant tous, triste et seul dans ma [gloire".

Lo que el Exodo pudo satisfacer fueron las exigencias de su amor genérico, su ansia de sublimidad.

"Yo llegaré muy pronto a mi destino con este pueblo de héroes" escribía a la Junta del Paraguay, y más que a un punto en el mapa parece referirse a un sitial en la historia. Y de sus hombres dice: "Van desnudos en el seno de la miseria, sin más recursos que embriagarse en su brillante resolución".

Ahí tienes lo que a Artigas seducía: la embriaguez de las decisiones excelsas.

Por un lado el jefe razonable, capitán del ejército, se alarma y toma medidas: "Hice uso de cuantos medios estaban a mi alcance —declara— para evitar la inmigración asombrosa de los vecinos y familiares que me seguía, considerando los embarazos que presentarían para la actividad de mis marchas"; y "no perdoné diligencia alguna para persuadir a todos de los beneficios de la permanencia en sus hogares"; pero en la misma página agrega: "Yo no ocultaré a V. E. que por un contraste singular de las circunstancias, miraba con secreto placer la

determinación de mis paisanos en el acto mismo que temía fuese un obstáculo para los movimientos militares".

¡El secreto placer! El recóndito don Quijote exultante por lo fantástico del lance. El "contraste singular" no estaba en las circunstancias sino en él mismo. Pocas veces se ha documentado mejor la eterna problemática del hombre.

Si no hubiese dilema, el héroe, tal como en alguna parte lo exige Nietzsche, tendría que ser alegre, ya que trasuntaría una plenitud de vida; pero, alejado de los hombres por su misma excelencia, aunque ésta sea la del amor; intemporal mientras ellos se atienen al calendario; en la situación de quien les ofrece valores absolutos, en tanto ellos comercian con la moneda en curso: el héroe es grave y serio.

La ufanía cae más bien sobre los héroes de la cantidad, ganadores de "récords"; sobre los militares victoriosos cuyo triunfo, después de todo, es algo exterior y frívolo, y hasta sobre los mártires que sonríen en la arena, pues vislumbran el cielo y ya no están con nosotros.

Artigas era un ensimismado.

Invoco el testimonio, no tanto de los histo-

riadores, sino el de los artistas, capaces de captar, aún a posteriori, el alma de los hechos y la esencia de una condición humana. Para todos ellos: escultores, pintores y poetas, Artigas es el héroe meditabundo. Ellos, antes que los historiadores, desgarraron los velos de la "leyenda negra".

Eugenio Petit Muñoz, que tan perspicaz ha sido en la valoración psicológica de Artigas, dice de él, empero, que era "un extravertido que se desdobló en la facundia de sus sentencias escritas tanto como en su simpatía de caudillo que cuando niño lo hacía hacer "la primera figura entre los muchos compañeros", que un día contagió, quien sabe con qué palabras, a los "mozos alucinados" (1), y que más tarde lo hizo centro de arrastre de cien pueblos y de seis provincias".

Niñez y juventud son estados autónomos, de índole propia, que no suelen anticiparnos nada del hombre que vendrá. Sin duda Artigas ejercía una atracción irresistible; pero en ella debió contar por mucho la admiración, que contradice la intimidad, y que puede nacer y subsistir hacia el héroe sin que la efusividad de

(1) Testimonio del general Vedia que vio a Artigas a los 28 años de edad en una estancia del Bacacay.

éste la nutra.

Contemporáneamente hemos presenciado la fervorosa adhesión de las multitudes a don José Batlle, cuyo entierro fue la expresión más grande de emoción colectiva a que hayamos asistido, y Batlle fue siempre tan solemne como lo muestran sus retratos.

Artigas era un introvertido, y creemos que es dable comprobar en él un creciente retraimiento hacia las honduras interiores, proceso que culmina en su silencio final del Paraguay.

Precisamente, por haber errado en el enfoque del Artigas público, resulta a tantos enigmático el Artigas del exilio, siendo que éste no es más que la descantación de aquél.

El coronel Antonio Díaz nos dice que Artigas, cuyos ojos "eran de un azul verdoso", tenía "una mirada abierta pero inexpresiva, deteniéndose muy poco en los objetos y en las personas, siendo indudable que se daba cuenta de todo". Y agrega: "Su tranquilidad era imperturbable".

Imposible no pensar en un lago que, si bien refleja todo lo periférico, está en verdad concentrado en sus honduras, y atento solamente al infinito.

Artigas

Eran los ojos que los pueblos espirituales y profundos han puesto, como más propios para expresar la idealidad, en el rostro de sus dioses.

Más que suponerlo en fácil comunicación, aferente y eferente, con cuantos lo rodeaban, nos place concebirlo en recogimiento, según resulta de innúmeros testimonios e indicios, en particular este, de Larrañaga, que lo declara: "ecónomo de papel y aislado en el peculiar consejo de su mente", y como "extraordinario y original en todos respectos".

De cuanto podemos conocer sobre Artigas, surge una figura que se nos impone por su gravedad, hasta el punto que resulta imposible imaginarlo gárrulo y jacarero ni en un solo momento —como si todo él fuese cerno sin la hojarasca de la cotideaneidad— soltando la risa y palmeando el hombro de un paisano...

Hay en él la fatal melancolía del hombre que ha cogido la vida por sus planteamiento dramáticos, y que avanza sobre la tierra con la lanza en la mano pero el mentón sobre el pecho, tan abismado en su visión, que es menester que el razonable escudero le recuerde que hay que comer y hay que dormir.

Todo el afán, expreso en tantas páginas sobre el Prócer, de redondearlo, presentándolo pulido en todas sus faces, públicas y privadas, proviene del criterio de que el hombre arquetípico ha de ser armonioso.

El era un disarmónico, empecinado en un sentido que no varió jamás.

Los armoniosos y simétricos, recuerdan más al árbol que al héroe atormentado por una devoción obsesionante. Aquellos, estables en virtud de su propio equilibrio, tienden a la contemplación, y son más aptos para escribir, imparcialmente, la historia que para hacerla; en tanto que él, agudo como un dardo, pasa de parte a parte las edades y produce las grandes conmociones.

Tales hay, sin duda, cuyo dinamismo proviene de la falta de otros rasgos que contrapesen su "penchant" invencible, por lo cual su acción no es más que caída; pero Artigas era de los que, dueños de amplio registro emocional y rico intelecto, subordinan el todo a un objetivo, en cuya prosecusión realizan su plenitud vital.

A los primeros hemos de creer que se refiere el abate Coignard cuando dice: "Os asom-

braríais si imaginarais la pobre sencillez de los genios que han transformado el mundo" (1).

Rodó no parece distinguir bien ambos tipos, y aunque reconoce "la grandeza de esta forma personal en el magnetizado por una idea o pasión de calidad sublime; en el fanático superior; en el iluminado o visionario; en el monomaníaco del genio: en todas esas almas que, yendo en derechura a su objeto, cruzan, como quien anduviese por los aires, sobre los tortuosos senderos de la vida real"; las explica como "un conjunto psíquico en que todo se reduce a algunos elementos, muy sencillamente combinados. Pocos sentimientos e ideas, y éstos duraderos cuanto la vida misma, y convergentes dentro de la más rígida unidad: tal la fórmula extrema de estos caracteres, que ocupan las antípodas de las almas ricas y educables, siempre en vías de formación, siempre capaces de acrecentar su contenido y de modificar la relación entre unas y otras de las partes que las constituyen".

Y nos propone, como "más bella y más fecunda" la condición de Idomeneo, aquel de los

(1) Anatole France: "Opiniones de Jerónimo Coignard".

seis peregrinos que, "de paso para su vocación, supo atender a las voces con que lo solicitaron la caridad, el arte, el trabajo, la Naturaleza, y que de las impresiones recogidas en lo vario del mundo, formaba, alrededor del sueño grande de su alma, un cortejo de ideas".

Sin duda; pero Agenor "el entusiasmo rígido y austero, la sublime obsesión que corre arrebatada a su término, con ignorancia o desdén de lo demás"; Agenor "que parecía un sonámbulo", supo cargar de tanta fuerza su papel, supo poner tal patetismo en su cruzada, que por él, y no por Idomeneo, ella resultó conmovedora y cobró eterno significado.

Observad, hijo mío, releyendo la hermosa parábola, que en tanto Idomeneo se detenía para gustar de las cosas, cuando pasaba Agenor eran las gentes "que se detenían a observarle".

Pregúntale a cualquiera de tus alumnas, si es que no te parece sofístico el recurso, pregúntale: si de ser ella la meta de seis enamorados, prefiere a Idomeneo que se distrae por el camino, "graciosa y expansivamente", dejando sobre cada objeto un reflejo de sí, o al pálido Agenor, que en ella sólo viene pensando, que a toda cosa que le sale al paso la absorbe en

su fervor, nutriéndolo así de cuanto el mundo tiene, y que llegará antes que nadie, a poner a las plantas de su amada la ofrenda de su extenuación.

Y la Historia, hijo mío, es femenina.

O menudo se dice que Rivera fue el mejor discípulo de Artigas. Es muy difícil discernir hasta qué punto, y en qué plano, un hombre puede ser discípulo de otro; pero, esto aparte, tengo para mí que no hubo en nuestra historia dos hombres más diferentes.

Hay en Rivera un constante desasosiego. El silencio y la inmovilidad le son mortales. No sabe estar a solas consigo mismo, sin desempeñar cualquier papel en la representación. Expatriado en Santa Fe, se ofrece a Lavalleja hasta "también para baquiano, pues para ésto ya sabe usted lo calandria que soy".

Desterrado y preso, se agita y sufre como un cardenal recién cazado. "El general Rivera no se mantendrá quieto si no lo amenazamos con el desprecio, con la persecución o con el hambre" opina su compadre y amigo Francisco Melho Souza, en carta a don Andrés Lamas,

cuando Rivera estaba en Río de Janeiro. "Compenétrese —agrega— de la necesidad de emplear la blandura y la equidad para obtener lo que jamás se podría conseguir de un hombre a quien la edad avanzada podría hacer tenaz en la recordación del pasado, de un hombre a quien viles aduladores podrían exaltar contra aquellos que tanto se interesan en anularlo". Y termina recomendando que se atienda al proscripto en sus apremios económicos, "que son los que más lo inquietan y vejan y humillan".

D. Andrés Lamas, a su vez, respondiendo a repetidas y largas cartas del caudillo le dice: "No estoy habituado a ocuparme de la chismografía a que usted alude, señor general. Usted, como es natural, solo llena las largas horas del destierro pensando en los medios de salir de esa situación y recuperar su pasada influencia, y de ahí viene el figurarse que todos se ocupan de usted exclusivamente, el alarmarse de las palabras, el meditar en los gestos, el que su gran imaginación se llene de sombras y fantasmas y que se agite conjurándolos y persiguiéndolos".

Pero Rivera, que no encuentra dentro de si moradas interiores donde dilatarse y serenarse,

exclama, en el colmo de la desesperación: "Mátenme con causa o sin ella, yo lo prefiero a todo!".

Y, finalmente, preso en la fortaleza de Santa Cruz, la compara con Santa Elena, de donde él viene a resultar Napoleón...

¡Más!: "Me estoy pareciendo a Jesucristo cuando se puso en las manos de los judíos que lo crucificaron", le dice a Santiago Labandera.

Aspira a que "sus huesos viejos llenos de cicatrices hagan su bulla" cuando sus nietos los vengan a sacar de la fortaleza.

Patético, exclama luego: "Yo he sufrido y sufriré todo lo que se quiera porque aunque no soy Sócrates, que bebió la cicuta que le preparó el Areópago de Atenas, moriré resignado en esta fortaleza". "Yo estoy contento y resignado", repite, "porque no dejo a mi familia y a mis amigos un crimen que me ruborice ni me haga indigno"; y a continuación escribe cartas al Emperador a las Cámaras, al ministro uruguayo en Río, a los amigos, a los diarios, y en ellas reclama, recrimina, protesta, implora.

Era locuaz, jaranero, manirroto, ladino, bromista, simpático, curioso y amigo de los naipes; prefiriendo el truco, rico en astucias y peripe-

cias, donde se inventa, se disimula, se miente, se arremete sin nada... Rincón fue un real envido ganado así: el adversario, asustado, disparó. Y Misiones una "falta" que decidió el partido.

Suelta la carcajada, que tiene siempre pronta, y no ignoras, hijo, el carácter social de la risa. Concebimos que el hombre llore a solas; pero del que a solas ríe, decimos que sus picardías recuerda o que está loco.

Recuerda la melancolía de D. Quijote, del que se sabe que sólo alguna vez "sonrióse un poco", en contraposición a las carcajadas a todo trapo de Sancho Panza.

Rivera tiene un sin fin de comadres, compadres y amigos, y procura compartir con ellos las horas de triunfo. A don Francisco Haedo le escribe desde Misiones: "Véngase, que aquí está bueno".

Son infinitos sus amoríos, de donde resultan tantos hijos y "ahijados" que merece el mote de "padrejón"; pese a lo cual escribe a su Bernardina: "Te amo, te amaré eternamente, de otro modo no habría sido tu esposo", y "estar tranquilos y reunidos es la mejor recompensa a que aspiro". Junto con mil ternezas y protestas de

fidelidad, le envía regalos de toda laya, algunos nimios, puros vehículos de su extraversión, tales como un caracol, una piedrezuela curiosa, el pico de un ave rara, unas monedas, un pañizuelo, un pañito bordado, y frutas, alhajas, perfumes, golosinas, flores...

Lavalleja, retacón, algo estevado, cuellicorto, cejijunto, terco, acaba de escribir una carta confidencial a Pedro Trápani, precisamente tocante a Rivera; llega éste, tan desenvuelto como siempre, y antes que "su compadre" pueda intervenir, agrega por su cuenta una postdata. "Nada me gustó esta poca formalidad, que no es propia entre hombres de carácter", comenta Lavalleja, y agrega: "Quiera Dios que tenga juicio este hombre, que cada vez está más loco que nunca".

El Rivera jovenzuelo de 1810, se continúa sin solución de continuidad con el de Guayabos, y éste con el Brigadier General del Imperio del Brasil, y éste con el de Rincón y Sarandí junto a Lavalleja, y éste con el de la jocunda cabalgata de Misiones, y éste con el de las guerras partidarias, y así hasta la muerte, que, simbólicamente, lo coge en viaje, cuando acudía para integrar el gobierno de su patria. Es el mismo

hombre, todo un hombre; pero diametralmente opuesto por su estructura anímica, a la digna continencia de Artigas, que "aislado en el peculiar consejo de su mente", se envolvió por fin en el silencio, y en él perseveró, porque

"un vivir no ideal es estar muerto,
y no es acción hacer lo no soñado".

Rivera recordaba con acrimonia el tiempo de Artigas, que lo había sujetado a la austeridad de la Patria Vieja. "Tome de mi un ejemplo: obre y calle", le había escrito el Patriarca cierta vez.

Y tocante al criollismo, que a veces se trae a cuento a propósito de héroes nacionales, prefiero la raíz hispánica que desde don Quijote nos llega con Artigas, a la que con Rivera me trasmite el picaresco don Pablos de Quevedo.

Imagina, hijo mío, hasta qué extremos puede llegar, en almas como Artigas, el sentimiento del honor. El es tan vivo, que el héroe resulta un resorte, atensado y celoso, al que es menester llegarse con cautela.

Los hombres, fuerza es convenir en ello, gustan de exhibir su honor a ratos, en ocasiones

memorables, y hasta se ha observado que lo reservan más meticuloso para la mesa de juego que para la política y la guerra donde suele ser *"gênant"*; de suerte que cuando surge quien hace del honor una vivencia, una "conditio sine qua non" de toda acción en el manejo de los negocios públicos, causa cierto estupor entre adversarios y amigos.

Recién iniciada la sublevación de la Banda Oriental, cuando aún Artigas personalmente no había librado ningún encuentro con los españoles, éstos, por intermedio de un pariente, le hicieron llegar propuestas de reconciliación, perfectamente lógicas desde el punto de vista de Elío, a cuyas órdenes estuviera Artigas hasta pocos meses antes; pero él reacciona con el siguiente énfasis: "El insulto que se hace a mi persona y a los honrosos sentimientos que respiro, con la comisión que ha tenido usted la avilantez de conferir a don Manuel Villagrán, es tan indigna del carácter suyo como de mi contestación. Solo aspiro al bien de mi patria, en la justa causa que sigo; y si algún día los americanos del Sur, nos vimos reducidos al abatimiento, hoy estamos resueltos a hacer valer los dere-

chos que los tiranos mandones nos tenían usurpados.

. . . . . .

Así, pues, desprecie usted la vil idea que ha concebido, seguro de que el premio de la mayor consideración jamás será suficiente a doblar mi constancia, ni hacerme incurrir en tan horrendo crimen, como igualmente el hallarme siempre dispuesto a despreciar las promesas extravagantes que por medio de su agente me insinúa. Su comisionado don Manuel Villagrán marcha hoy mismo a Buenos Aires con la seguridad correspondiente a ser Juzgado por aquella Excma. Junta: mientras yo a la cabeza de tres mil patriotas de línea con más el numeroso vecindario de toda esta campaña, marcho a sostener nuestros derechos con todo el honor que exige la Patria y mi decoro".

En su lugar, Rivera, por ejemplo, hubiera recibido en privado a Villagrán, para darle una respuesta que creara una dilación, una de esas maniobras tan lícitas, ¡y tan celebradas! en la guerra; una carta en la manga...

Pero el documento fundamental que poseemos para valorar lo intrínseco de Artigas, es su carta a Sarratea cuando éste, luego de atraerse a va-

rios jefes orientales, por cuya defección había llorado Artigas, lo declara "traidor" y promueve su asesinato.

La carta dice:

"Me he visto perseguido; pero mi sentimiento jamás se vió humillado. La libertad de América forma mi sistema y plantearlo es mi único anhelo. Tal vez V. E. en mis apuros y con mis recursos habría hecho sucumbir su constancia y se habría prostituído ya. Aún en el día, cuando V. E. parece que hace el último esfuerzo por aburrirme, Montevideo empeña más pretensiones sobre mi (1). Con todo, no hay circunstancia capaz de reducirme a variar de opinión. Esclavo de mi grandeza, sabré llevarla al cabo dominado siempre de mi justicia y razón. Un lance funesto podrá quitarme la vida, pero no envilecerme. El honor ha formado siempre mi carácter; él reglará mis pasos".

Ahí tienes, hijo mío, el legado artiguista: distinción entre suerte personal y el "alto destino" —la frase es del propio Artigas— a que nos conducen las virtudes trascendentes del alma. Aquella puede abismarse en la persecución

(1) Alude a las proposiciones de los españoles.

o en un "lance funesto"; pero si el honor regló nuestros pasos, no podremos sentirnos humillados. Lo que importa es no envilecerse ni prostituírse. Si alcanzas ese extremo, nadie te podrá vencer y habrás triunfado. Eso nos libera de la pequeñez circunstancial que hay en los acontecimientos y en nosotros mismos; pero nos hace esclavos de la grandeza, al empeñarnos en una lucha en que Rocinante será nuestro caballo, burlas de ociosos duques y palos de bachilleres nuestro galardón, y una celada de cartones y tal cual vieja lanza nuestras armas. Ellas son anacrónicas porque, en el simbolismo cervantino, están destinadas a mostrar que la empresa del caballero no es de su época, sino intemporal. (En la batalla de Corumbé peleó con lanzas, bayonetas de latón, alguna vieja pistola ¡y flechas!). Los lances funestos se sucedieron, pero como nada ni nadie logró envilecerlo, nada ni nadie lo venció, y él está hoy, más vivo y actuante que sus vencedores.

Ahora cabe preguntarnos, hijo mío, si Artigas fué o pudo ser un gobernante tal como la cotideaneidad de los hombres lo exige.

¿Quién es un gobernante?: Es el campeón de la viabilidad, porque es el hombre que se propone objetivos razonables; que a fin de mantener la máquina en funciones la lubrifica y no la fuerza, por lo cual condesciende y transige; que aprende de los enemigos cuyo poder conoce y respeta; que en cada circunstancia salva el porcentaje que el tiempo y lugar permiten salvar y se conforma; que con los años se atempera y torna más prudente; que admite como la buena ama de casa que es menester pringarse hasta los codos para bien servir a sus comensales: Un hombre, en fin, que obedece a la Necesidad, más poderosa que los dioses, que con clavos de bronce fija los úkases del Destino, y pronuncia el "ultimum verbum" que no admite apelación.

El Cid Rodrigo, modelo de caballeros y abundoso en toda clase de virtudes, no vacila en estafar a Raquel y Vidas, dejándoles arcas llenas de arena para que sobre ellas le presten dinero que, al parecer, nunca devuelve. "Lo he de hacer por fuerza" declara y, más adelante: "Yo no puedo otra cosa y a la fuerza lo hago".

Todo lo justifica la necesidad.

En iguales apremios, aunque en el apogeo

de su poder, hállase Artigas en los comienzos de su gobierno (1815); pero cuando el Cabildo montevideano proyecta una contribución sobre los comerciantes Artigas la rechaza. El Cabildo insiste segunda y tercera vez y él, entonces declara que prefiere "dejar del mando del pueblo", y agrega: "A mi no se me esconde la necesidad que tenemos de fondos para atender a mil urgencias, que aún prescindiendo de todas, bastaba la que se muestra en la miseria que acompaña a la gloria del bravo ejército que tengo el honor de mandar, vestido solo de sus laureles en el largo período de cinco años, abandonado siempre a todas las necesidades en la mayor extensión imaginable, y sin otro recurso que la esperanza de hallarlo algún día; pero la voz sola de contribución me hace temblar".

Considera hasta qué punto ese lenguaje es posible en boca de un gobernante moderno, y advertirás que de Artigas nos separa algo más que el tiempo.

"La necesidad de existir —decía San Martín, "El Santo de la Espada", en ese mismo año de 1915— es la primera ley de los gobiernos. Si esta proposición presenta un semblante de violencia, desaparecerá al punto se vuelvan los ojos

a la dura alternativa en que nos hallamos. Los remedios se adoptan según el carácter de los males; y cuando peligra la salvación, todo es justo... etc.". Tal es el Credo del gobernante auténtico.

Pero a más que impuestos y confiscaciones se extiende el imperio de la necesidad que invocan los gobiernos. ¡Ay, cuando la grandeza del Estado plantea la necesidad de hombres! Entonces dispón el ánimo a presenciar la eterna fila de prójimos que desde la erección de las Pirámides hasta nuestros días, avanzan con la herramienta o el arma al hombro.

Pero Artigas, después de la derrota de Tacuarembó, que desbarató por completo el ejército oriental, declara al comandante Ricardo López (1) que no se atreve a sacar recursos del vecindario "si él, voluntariamente, no quiere prestarlos". Y sigue ateniéndose a los enganches espontáneos.

Según la sabiduría en uso, las circunstancias dictan la conducta del gobernante; pero Artigas desconecta la acción de la necesidad, de donde resulta que aquella queda fundada en la abstracción más que en lo real, y es sobre tal supuesto que le dice a Ramírez: "Desengáñese

(1) A cargo de Entre Ríos por ausencia de Ramírez.

Ud. mi conducta es siempre uniforme. Si las circunstancias varían, no por eso mi constancia deja de ser acrisolada".

Para los hombres públicos más avisados, las circunstancias son la razón suprema; pero Artigas establece esta distinción: "Es más fácil ceda Artigas al imperio de la razón, que al poder de las circunstancias". Claro se ve que aquí no habla de una razón dimanante de los hechos, sino del ideal enraizado en su corazón.

Cuando "ya todos y cada uno de sus cuerpos de ejército habían sido destruídos en sangrientas batallas" (2), Artigas escribe a Durán y Giró los cuales, para recibir auxilios, habían firmado un acta donde se entregaba la Banda Oriental a Buenos Aires: "Y V.S. con mano serena ha firmado el acta publicada por ese gobierno el 8 del presente?. Es preciso, o suponer a V.S. extranjero en la historia de nuestros sucesos, o creerlo menos interesado en conservar lo sagrado de nuestros derechos, para suscribir unos pactos que envilecen el mérito de nuestra justicia y cubren de ignominia la sangre de sus defensores".

(2) Eduardo Acevedo: "Alegato Histórico".

Y agrega:

"El jefe de los orientales ha manifestado en todo tiempo, que ama demasiado a su patria para sacrificar este rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad".

Nuestros escolares todos repiten que Artigas dijo: "No venderé el rico patrimonio de los orientales al vil precio de la necesidad", con lo cual resulta mutilado el pensamiento en su parte esencial. ¿Por qué Artigas no se rendía a la necesidad?: ¡Porque amaba demasiado a su patria! Y para servir ese amor, lo que importaba era conservar lo sagrado de nuestros derechos; lo que importaba era no envilecer el mérito de nuestra justicia; lo que importaba era, a despecho de la necesidad, no cubrir de ignominia la sangre de los que habían muerto por aquel amor.

Está claro que el patrimonio que así salvaba para nosotros el Jefe de los orientales, no es el que se mide y pesa, sino aquel "patrimonio del alma" de que hablaba el Alcalde de Zalamea.

El amor que él supo tener a su patria, y a nosotros los orientales, era de tal calidad, que no poda ser defraudado por ninguna circuns-

tancia, así fuese ésta la derrota y debilidad del campeón.

El Caballero de la Blanca Luna venció a don Quijote y, teniéndole en tierra, con la lanza entre los ojos, quiso hacerlo confesar que la dama del vencedor era más hermosa que la del vencido; pero don Quijote, "como si hablara dentro de una tumba", dijo: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad".

"El se había entregado a Dulcinea, comenta Unamuno, mas sin pretender que por eso se le entregara Dulcinea, y así su derrota en nada empañaba la hermosura de la dama". (1)

Cuanta falta nos hace, hijo, prestar oídos a las voces que dentro de la tumba de Artigas están sonando...

La progresiva espiritualización del caballero, su creciente ahincamiento en el ideal, conduce a un fatal divorcio entre él y sus aláteres.

Los que razonan, pesando el pro y el contra, suelen ser los que se apartan primero. La cruzada les parece absurda y condenada al fracaso y, tocante a lo material, tienen razón.

---

(1) "Vida de don Quijote y Sancho".

Los especialistas y técnicos, por su parte, encuentran que muchos actos del caballero no encajan dentro de los preceptos recibidos, y también lo abandonan.

Siguen los ambiciosos y sensuales.

El caballero va quedando solo.

Eusebio Valdenegro, Baltasar Vargas, Viera, Ventura Vázquez; luego Manuel Oribe, Rufino Bauzá, García de Zúñiga. ¿Traidores acaso? De ninguna manera: Hombres patriotas; pero hombres nada más, al fin y al cabo.

La traición supone la previa comprensión, y el caballero no era comprendido.

El sigue su lucha, épica en la forma, lírica en el fondo, y en desiguales batallas pierde uno tras otro a sus tenientes: Otorgués, Lavalleja, Manuel Fco. Artigas, Duarte, Verdún, Bernabé Rivera, Andresito.

Hace años ya que las autoridades militares, civiles y eclesiásticas de Montevideo, rendidas, han "presentado el debido juramento de fidelidad y vasallaje a Su Majestad Fidelísima (que Dios guarde)". (1)

Las primeras defecciones no hacen sino con-

(1) Acta capitular del 24 de enero de 1817.

firmar al héroe en su inclinación por los humildes y simples de corazón. "Desde entonces —refiere el coronel Cáceres, refiriéndose al pasaje de Ventura Vázquez y otros al campo de Sarratea— tuvo cierta predilección por los gauchos, pues le he oído decir que había encontrado más virtud o constancia en ellos que entre los hombres de educación".

En los comienzos de aquel feliz mil ochocientos once "no eran los paisanos sueltos, ni aquellos que debían su existencia a su jornal o sueldo, los solos que se movían; vecinos establecidos, poseedores de buena suerte, de todas las comodidades que ofrece este suelo, eran los que se convertían repentinamente en soldados; los que abandonaban sus intereses, sus casas, sus familias" según nos los cuenta el mismo Artigas (1); pero ahora en la Via Crucis nota que "los hijos de familias distinguidas del país no comparten con él los rigores de la campaña, y ésto lo obligaba a valerse de los gauchos, en quienes encontraba más resignación, constancia y consecuencia". (2)

(1) Oficio de Artigas al Gobierno del Paraguay (7-XII-1811).
(2) Declaraciones del coronel Cáceres (Memorias del Archivo Mitre).

A lo largo de la brega artiguista se fue concretando el carácter de clase de su tropa y de su lucha.

Aquellos "vecinos establecidos", o que se habían afirmado en la posesión de campos antes realengos, encontraban que la revolución había sido buena para adquirir; pero que era mala para conservar... Este sencillo planteamiento ha decretado la clausura de muchos ciclos revolucionarios, y ha significado la soledad, la derrota y hasta la muerte de los jefes más puros, de los que querían llevar el proceso hasta sus últimas consecuencias, de suerte que "los más infelices fueran los más privilegiados" (3); pero eso de que los últimos sean los primeros es considerado por muchos como un programa a cumplirse en el otro mundo.

Fructuoso Rivera, en fin, en cuya división podía haberse apoyado Artigas para imponerse allende el Uruguay, le vuelve la espalda y se dirige cabizbajo a pactar con el invasor.

Presentir un discípulo que alcance alturas donde él no llegó, es la dulce tragedia de Gor-

(3) Art. 6º del "Reglamento Provisorio para el Fomento de la Campaña".

gias (1); pero la auténtica Pasión exige la soledad del maestro que no puede ser superado.

Artigas, sin ejército ya, pasó el Uruguay, saliendo de su provincia, en febrero de 1830.

Quédanle todas las fuerzas de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe. El cuenta con ellas y, precisamente en esos mismos días, las tropas de sus tenientes vencen en Cepeda y derriban el Directorio que había estado en connivencia con los portugueses.

Artigas descarta el hecho de que sus derrotas militares en la Banda Oriental, lo dejaban impedido de prevalecer sobre Ramírez y López, hombres por completo atenidos al juego de fuerzas brutas, ajenos por completo al proceso de sublimación que en él se ha ido operando.

Por el contrario, cabe suponerlo convencido de que la grandeza de la resistencia contra los portugueses, lo había calificado todavía más para seguir inspirando la gran lucha por el "sistema".

A tal grado de desconexión de la realidad, por transfiguración lírica de la misma, pudo llegar quien había sido señalado por "conocer a fondo

(1) Rodó. "Motivos de Proteo".

el corazón humano", por ser "lleno de experiencia" y estar dotado "de una previsión y un tino extraordinarios". (2)

No le fue difícil a Manuel de Sarratea —otra vez aquel fatal Manuel de Sarratea, antítesis de Artigas— seducir a Ramírez y López, y éstos firman la convención del Pilar, y reciben armas y dinero de Buenos Aires.

Artigas, solo ahora, y desarmado, se bate con las fuerzas que logra reunir, y es vencido en una campaña de varios meses. Golpe tras golpe, a lo largo de la Mesopotamia argentina, lo fueron arrojando de su escenario de colinas herbosas, serranías y bosques litorales, hasta incrustarlo en los esponjosos paredones de la infinita selva.

Entonces llegan hasta él las sombras sigilosas de dos caciques del Chaco, que le ofrecen sus indiadas para seguir la guerra contra Ramírez. El pudo aceptar. Se dice que vaciló; pero creemos que entonces tuvo conciencia plena de su propio significado, y el regresar para morir matando no tenía ya sentido para él. De allí en adelante la lucha sería cosa del espíritu, defini-

(2) Juicio de Larrañaga que lo visitó en 1815.

tivamente sustraído a las circunstancias y al tiempo.

Agradeció el concurso de los indios que regresaron en silencio a sus remotas tolderías.

Artigas, por una recóndita picada se internó en la selva y alcanzó las barrancas del Paraná con un grupo de los suyos.

¿Quiénes lo acompañaban todavía?: Los verdaderamente suyos; aquellos "negros libres, zambos, indios y criollos pobres" para quienes él había pedido "suertes de estancia". (1)

Sólo él, de cuantos jefes tuvo la revolución de mayo, había sostenido que los indios tenían "el principal derecho".

Charrúas —jaguares que sólo en su mano comían— misioneros, abipones, guaycurúes... Nombres agudos como gritos de pájaros: Tuebay, Curataé, Mybayoé, Yayaqúa, Uré, Ticurey, Tiraparé...

De sus últimos tenientes, en los postreros combates, fueron el indio Perú Cutí, el indio Matías Abacú. Los oscuros, los instintivos, los que alcanzan la verdad en virtud de aquellas razones del corazón que la razón ignora; los depositarios de la fe, los verdaderos discípulos;

(1) Reglamento Provisorio.

los únicos discípulos posibles de un tal maestro.

"A pesar de sus continuas derrotas —refiere el coronel Cáceres— en su tránsito por Corrientes y Misiones salían los indios a pedirle la bendición y seguían con sus familias e hijos en procesión tras él, abandonando sus hogares".

El los había sentado a su mesa (1), y les había escrito cartas tan dulces como ésta: "Cuando tengo el gusto de hablar al noble cacique Dn. Manuel Artigas (2), lo hago con toda la satisfacción que me inspiran sus nobles sentimientos. Yo estoy muy seguro de estar siempre con vos, y así vos debes estar siempre conmigo. Nada habrá capaz de dividir nuestra unión; y cuando los enemigos se presenten al ataque, nos verá el mundo ostentar nuestra amistad. Yo estoy muy convencido de tener buenos sentimientos: por las demás cualidades que te adornan, será siempre un amigo tuyo, y de los que te siguen, tu padre Artigas".

---

(1) "Tuve ocasión de tratar con los caciques minuanes que acompañan y aman tiernamente al Gefe de este ejército: uno de ellos comió con su mujer en la mesa del general". Larrañaga, citado por E. Petit Muñoz en "El País".

---

(2) Solían los indios adoptar el nombre de su protector.

Nada más auténticamente sudamericano que ese escenario y esos actores: El gran río potencial, la selva intacta, toda tensa de urgente primavera; los indios fatalizados y pétreos; los criollos borrosos como figuras de barro; el héroe vencido por los extranjeros, por los aristócratas de entre casa y sus militares a sueldo, por los capitalinos de calzón de raso; pero triunfante por la dignidad y el honor, en la cena final, en el mismo centro de nuestra América, en su entraña geográfica y en su entraña humana.

Artigas se despide.

Es joven todavía, pues tiene cincuenta y seis años, y sano como lo prueba su larga sobrevida.

Rechaza el ofrecimiento que le llega en ese momento del gobierno de Washington "para trasportarse a Norte América donde viviría con comodidad y con las consideraciones debidas a su rango"; se despoja de todo el dinero que lleva, enviándolo por manos de un jinete prodigioso a sus oficiales prisioneros en la Isla Das Cobras. Antes ha despedido a Melchora Cuenca, que quiso acompañarlo; porque ni un grano de sensualidad debe empañar la pureza de su resolución. Al hijo mayor le ha escrito que cuide

de sus hermanos.

Es imposible no percibir que se desprende de estos actos un perfume de santidad.

Apenas con lo puesto, vadea el Paraná. En la otra margen están los húsares de don Gaspar Rodríguez de Francia, Dictador Perpetuo del Paraguay. Sus acompañantes son distribuídos por varios lugares. Con él queda apenas una sombra: el negro Ansina.

Lo que llevamos dicho, hijo mío, quizás deje entrever que en una criatura como Artigas antes pueden *entrañarse* los poetas que los historiadores. El pertenece más a la emoción que a la razón.

Es natural que suscite el fervor de los intuitivos, y reservas en los razonadores, en los técnicos.

Es fácil comprender asimismo como los románticos, capaces de captar lo bello de las disarmonías, de las inadecuaciones, de lo sublime, hayan acertado en tantos juicios sobre Artigas, entusiasmándose con él hasta las lágrimas, como nuestro Zorrilla, exaltándose como Carlos María Ramírez, de los primeros en disipar las tinieblas de la *leyenda negra* antiartiguista.

Parecería, empero, que Acevedo Díaz, el aedo (1) de "los primordios de nuestra nacionalidad", no tomó lo más trágico del ciclo que se propuso novelar y del cual fue Artigas la principal figura; aunque tengamos presente lo que hace notar Ibañez: que el arte tiene "propósito representativo, no exhaustivo" como la crónica; pues de inmediato se nos ocurre cuanto de representativo pudo hallar entre las Piedras, con que se cierra "Ismael", y 1823 en que comienza "Nativa", segunda pieza de la Tetralogía.

Mas la verdad es que Acevedo Díaz no soslayó a Artigas, sino que, rindiéndole el homenaje que no rindió a Rivera, le dio la sugerente vaguedad de esos fondos sobre los cuales adquieren relieve y significado los personajes de la ficción; es decir, que lo situó "certeramente distanciado" como Ibañez propone para los grandes personajes reales en la novela histórica, y logró darnos su grandeza por el recurso —de

(1) "Con tanta grandeza comunica lo grande, con verbo tan crecido opera la transfiguración épica de la realidad, que corresponde, pese a la servidumbre impuesta por la inquietud apostólica al poder narrativo, definirlo como un aedo". (Roberto Ibañez en el prólogo de "Ismael", Biblioteca Artigas).

filiación homérica— de mostrar en los demás el reflejo del héroe, y los efectos de su ausencia.

"El Combate de la Tapera" comienza así: "Era después del desastre de Catalán...", y nos muestra como supo morir peleando un pelotón de las tropas de aquel al que no se nombra: hombres, mujeres y perros... ¿No había dicho él que hasta con perros pelearía? Los últimos personajes que muestra el relato son el sargento Sanabria y la china Cata, caídos "formando cruz", y junto a ellos, atravesadas las paletas por una bala, Canelón el mastín, olfateando de vez en cuando, "entre hondos lamentos", la charca de sangre en que mueren los tres.

"Grito de Gloria" también comienza con: "Después de Catalán", título del primer capítulo, todo lleno del fragor de las arreadas, el resplandor de los incendios y los alaridos de asaltos y saqueos; pero en el XI es donde aparece "El hombre de las ojotas" (1), "un sujeto ya viejo, muy barbudo, larga cabellera y aire bonachón", que respondió con un manso "buen día" al llamado imperioso de don Anacleto, uno de los hombres de Lavalleja que en esos mo-

(1) Título del capítulo.

mentos inicia su campaña. ¿Quién es "El hombre de las ojotas", cuyo nombre ni se da?

"—Usted ha sido militar? —interrogó con gran seriedad don Anacleto. Y el hombre dulce responde:

—Serví algún tiempo, paisano. Después de Corumbé me recogí a cuidar de mi familia".

¡Corumbé!: Un hombre de cada dos murió peleando en esa batalla. Lanzas, y hasta flechas, contra cañones...

Don Anacleto y "el hombre de las ojotas" sirviéndole de guía, cabalgan juntos. El autor hace un cotejo entre ambos: el hombre de 1925 habla "con tono de imperio"; el de Corumbé responde "suave y bondadoso". El primero, "lleno de un aire de protección y valentía", llega a reirse, fanfarrón, de "los temores" del segundo. Don Anacleto, cuya voz es bronca, suelta "carcajadas ruidosas", que contrastan con la "muy atiplada" y la "risa comprimida" del guía. Este quiere volverse pues tiene "a la mujer un poco apestada y un chico con el carbunclo". Doce hijos cuenta, "y la pava echada". Así van los ánimos de uno y otro cuando aparecen jinetes en la lejanía.

—"Aquella es gente armada", afirma el baqueano.

"Mi gente no puede ser! La dejé acampada —arguyó don Anacleto con alguna alarma".

Y mientras el peligro se concreta, la voz del hombre de las ojotas "denunciaba absoluta calma", en tanto que don Anacleto aparece "bastante demudado", procurando "ocultar su rejón y haciendo entre los dedos un guiñapo de la insignia".

Comienzan a silbar las balas; una acierta en el caballo de don Anacleto que se encabrita y da en tierra con su jinete; pero entonces: "El baqueano se detuvo, alargó el brazo y cogió el rejón que escapado de la mano de su dueño en la caída, se había hundido por el cuento en plano oblicuo y derivaba ya hacia el suelo por el peso de la moharra. El semblante del guía se había puesto violáceo cual si un aluvión de sangre inyectara la periferie, y de sus ojos oscuros brotábale un brillo extraño. Su chambergo incoloro flotaba sobre el dorso y la melena suelta se alborotaba sobre las dos mejillas, crispada y ondulante, dándole un aspecto imponente que aterró a don Anacleto, descoyuntado e inmóvil en los pastos.

No dijo palabra. Escupiose en las manos nervioso, empuñó el ástil y revolvió su cebruno ya sobresaltado por el ruido de los disparos.

La yegua madrina de su tropilla, manca de los encuentros, con el vientre casi al ras de las hierbas, jadeante y sudorosa pasó pesada, sin fuerzas, a su lado, batiendo el esquilón.

Mirola de soslayo, en las ancas, donde llevaba dos o tres surcos sangrientos hechos por los sables y llegó a arrojar un grito ronco retenido hasta ese momento por el arrebato de su garganta, semejante a la nota de un ave de rapiña a raíz de una pedrada en la cabeza.

Gruñó otra bala redonda desgarrando a su caballo la piel del cuello; lo que acabó de ponerlo ágil y saltarín, al punto de tascar el freno despavorido.

El lo cuadró con mano experta, y sin perder los estribos en los que apenas encajaban las puntas de sus ojotas, acometió echado sobre el pescuezo al igual que un toro que busca romper el cerco.

La lanza trazó un semicírculo dividiendo al grupo, luego una recta inclinada que terminó en la garganta de un soldado, derribándolo por grupas; después un molinete veloz que remató

en un golpe de flanco abriendo a un segundo el vientre; y por último, blandida con furia en un altibajo para ensartar a un jinete de frente y despedirlo de la montura, el hierro marró el bote y el ástil se hizo trizas en el arzón sembrando el aire de astillas.

Sonaron dos o tres detonaciones. El hombre de las ojotas cayó de boca sobre las crines del cebruno, bamboleose un instante y enseguida se deslizó a las hierbas con un ruido de mole que rueda en un barranco.

En medio de su pavura, don Anacleto lo vio caer con dos agujeros negros en el rostro a ambos lados de la nariz, producidos por la doble descarga de una pistola de dos cañones a quemaropa".

Así logró morir, transfigurado, el anónimo criollo de Corumbé, como si el lapso de nueve años hubiese desaparecido, y él muriese en el último acto de la batalla, matando portugueses junto a Artigas.

Y en "Nativa" ¿qué grita Cuaró en el paroxismo de su ardor guerrero "¡Arapey!, ¡Aguapey!, ¡viejo Artigas!".

Catalán, Corumbé, Arapey, derrotas artiguistas convertidas en raíces de victorias.

Calló por un momento mi maestro, y luego, alzando el mentón hacia la ya invisible colina postrera murmuró: —Corumbé, Catalán, Arapey: Allí no más, detrás de aquellos celajes, están los escenarios, casi iguales. Hijo, real y verdaderamente, este es el departamento de Artigas, y esos nombres, por línea recta de varón, han llegado a nosotros y no podemos hacer oídos sordos.

Un pueblo extrae más fruto de sus derrotas que de sus victorias.

Catalán, Corumbé, viejo Artigas...

¿Quién duda de que América, si se recogiese más en si misma, buscando los mensajes que parece esperar siempre de afuera, hallaría en Artigas una motivación para su canto?

Que Pablo Neruda no haya dicho una palabra de él en su "Canto" de América que llamó "General", no debe afligirnos, porque el poeta mundial no está bien informado sobre nosotros todavía.

Un desmayo de su clarividencia de poeta permitió a Jesualdo decir en su "Artigas" que "la vuelta a la tierra" de éste era "el tiempo de la oscuridad y contradicción históricas", un "tiem-

po fuera del hombre", "que no forma parte de la vida, ni del proceso político social de José Artigas, y apenas si podría agregar una nueva contradicción al estudio de su personalidad".

Paréceme, hijo mío, que si hay un lapso en la vida de Artigas, que guarde con los anteriores más trabada secuencia es, precisamente, su ostracismo en el Paraguay, o su cautiverio si fue tal, por la dignidad con que lo sufrió.

Mientras Rivera se arrastra, moribundo, para ocupar el poder una vez más, Artigas, vigoroso, inmóvil, lúcido, silente, se niega a toda acción que no sea la soñada en hondos delirios, y pide que lo dejen morir allá, culminando la impregnación en el cosmos íntimo, que había sido la constante propensión de su vida.

Emilio Oribe, en cambio, en su específica funsión de poeta, por añadidura filósofo, acertó a darnos lo más verdadero que sobre el Artigas del Paraguay se haya dicho, a la par que lo más bello.

Veamos el "Prólogo" de su "Artigas y el Astro", cuya lectura pudo ahorrarnos lo más de cuanto hemos dicho:

ELISEO SALVADOR PORTA

"He elegido como iniciación de este poema el momento en que José Artigas decide entregarse al dictador del Paraguay con el fin de cubrirse el rostro, nebuloso y trágico, con la tiniebla del destierro voluntario, el olvido y el renunciamiento total. Creo que en ese instante desaparecen, las discutibles determinaciones históricas en él y solo sobreviven, como un haz de impulsos de perduración en sentido de la incoercible posteridad, sus evidencias esenciales de Hombre. Es la transfiguración más objetiva de su realidad histórica, entonces y por muchos años, problemática y conflictual, en América. En concordancia con las direcciones actuales más centradas del arte y la filosofía, lo que más preocupa, excita e imanta al espíritu humano contemporáneo es el hombre, en su plenitud individual o en el significado de su universalidad. El destierro de Artigas, mezcla de instinto selvático, orgullo moral y experiencia metafísica, agrega a su persona una adversidad de tragedia antigua y al mismo tiempo la corona con una resplandeciente sustancia humana. Es el hombre intemporal que clausura sus posibilidades al borde de un foso insondable. Es el hombre que no debe volver como guerrero vengador, caudillo o suscitador de ideas revolucionarias, el hombre que está fatalizado en el sentido de no volver jamás a su ámbito vital, para ser íntegralmente hombre y reaparecer en los tiempos futuros como una emanación de la grandeza póstuma del pensamiento y de la angustia creadora. Para el acto poético supremo, la fisonomía del protagonista desde allí en adelante

se emancipa de los módulos heroicos de su tierra, de su raza y de la historia, precisamente por ese destierro de treinta años con que Artigas socavó la estructura de su vida concreta. En eso es único Artigas, y por ello, dicha circunstancia se convierte en la motivación intrínseca del cántico".

Nuestros muchachos, por jóvenes y por hijos de un pueblo joven, con ribetes de primitivo, propenden a entusiasmarse sólo por las formas primordiales del valor. Ayer no más, nos batíamos en guerras donde el hombre contaba por su empuje individual, por su condición de jinete muscular que domina el paisaje, por su capacidad de disfrutar la intemperie. Desconocemos la guerra moderna, cósmica y sombría, donde la pobre bestezuela insignificante se acoquina y agazapa bajo tierra.

Conservamos ciertas ilusiones y ciertas imágenes, cuyo prestigio en nuestra emoción nos vela las formas espiritualizadas del valor, que son la auténtica gloria del hombre.

Propuestas a nuestros alumnos las diferentes formas en que pudo acabar Artigas, los más eligirían la de morir matando, en un rapto postrero de fiera saña. La que él prefirió descon-

cierta a cuantos se atienen a aquella concepción elemental.

Creo que honramos la esencialidad de Artigas, si contraponemos su fin al de su vencedor Francisco Ramírez.

En guerra contra López, su cómplice en la convención del Pilar, y ahora, a su vez, armado por Buenos Aires, Ramírez cae sobre su enemigo después de desbaratar a La Madrid, pero es vencido y huye con pocos de los suyos.

Se estira entonces sobre el paisaje la angustia del más tremendo episodio de nuestras guerras gauchas: la persecución del vencido. Los caballos de unos y otros, con un brillo seco y extático en los ojos desorbitados, las narices como hornallas, el resuello estertoroso, se mueven dificultosamente, como en la viscosidad de una pesadilla. Ya se oyen los insultos, los rebencazos suenan como tiros, los tiros chicotean como rebencazos. Es la hora de las boleadoras, del lazo, de la moharra en los riñones, del cuchillo personal. Cada grupo de los que vienen ya eligió su presa; la rigidez de los caballos aumenta; los perseguidos no han podido mudar y el intervalo disminuye con un enlentecimiento que atensa el pavor.

Un alarido agudo traspasa las vociferaciones: La concubina de Ramírez ha sido rodeada por los perseguidores. El entrerriano vuelve grupas, bramando, hercúleo y desmesurado; cae sobre el borbollón, se envuelve entre sus enemigos; más que su famosa lanza de ástil negro, parece tener en las manos un abanico; lo derriban, lo traspasan, le cortan la cabeza vociferante; se la envían a López éste la envuelve en un cuero y la expone en la iglesia de Santa Fe en una jaula de hierro.

Así murió el vencedor de Artigas. ¿Heroico? Sin duda, pero ¿hemos de edificar a nuestros alumnos con hazañas que tal cual puma macho puede cumplir tan bien como Ramírez?

Ay!, hijo, ¿cuándo dejarán los humanos de buscar los símbolos de su prestigio en los leones rampantes y las águilas de una y dos cabezas?

La hora de la muerte ha de ser la más lúcida del hombre, y más que apurarla en un desesperado minuto que cualquiera puede alcanzar, vale el plantearse su venida y aguardarla de frente, un año y dos, y diez y treinta, como Artigas lo hizo, en una larga afirmación de fe; velando sobre su obra a la que nada podía quitar ni agregar; espiritualizándose más y más,

venciendo a la muerte cada día con la dignidad de su silencio, con el silencio de su dignidad.

No se quejó, no se justificó, no escribió sus memorias; él que haba vivido con la pluma en la mano.

Observa cuantos que fueron capaces de aguardar un tanque a mano limpia, de asaltar un cuartel por una calle pespunteada de balas, desmayan luego en el exilio, sin valor para sufrirlo, y se achican cultivando rencillas cada vez más personales.

Se dice que el matador tiende a volver, irresistiblemente, al lugar del suceso. Todo hombre busca recuperar vida volviendo al escenario donde ella fue más intensa, y sólo los pletóricos de energía interior, hallan serenidad, y hasta contentamiento, en la frecuentación de si mismos.

"La Conversación consigo mismo", tal el libro que Artigas leyó en sus últimos años (1), y cuya primera línea dice: "El título más apre-

(1) "Hay en la Biblioteca del Palacio Legislativo un pequeño libro, "La conversación consigo mismo", del pensador italiano Marqués de Caracciolo, compuesto en 1782 y traducido al castellano por don Francisco Mariano Nifo, pero correspondiente a la undécima edición, de Madrid, 1817, que luce en la

ciable del hombre es ser hombre".

¡Treinta años consigo mismo! Menos de nueve de acción política en ochenta y seis de vida; pero ellos fueron tales, que "llenaron un destino"; razgo común a los portadores de mensaje, esos que, de lejos en lejos, alzan la antorcha para dilatar los horizontes del hombre.

Se nos recuerda que Unamuno dijo: "Artigas no era un carácter para exilarse en ningún momento ni muchos menos para aceptar voluntariamente la hospitalidad vitalicia de un déspota como Francia". Ay!, don Miguel: Artigas no era carácter, precisamente para aceptar contra su voluntad la de Francia, por muy déspota que éste fuese.

Unamuno no supo que de Artigas hablaba cuando de don Quijote decía: "Y es porque

---

portada interior que sigue al prólogo, esta dedicatoria: "A mi Esmo. amigo Tte. de Cablle.
Dn. Rómulo José de Yegros.
Satma. Tdad. Mayo 14 de 1850
José Atigas"
La tinta es de época, la firma es idéntica a la de Artigas, la procedencia insospechable: el libro fue traído a Montevideo en Diciembre de 1930, por la señorita Enriqueta Yegros, descendiente de la ilustre familia del Prócer de la independencia paraguaya, Fulgencio Yegros, que conspiró con Artigas contra Francia". E. Petit Muñoz. "El País".

tienes fe en ella, en tu Dulcinea, sientes que cuando pareciendo abandonarte, deja que te venzan, es para luego ceñirte entre sus temblorosos brazos con hambriento cariño, y apretarte a su pecho encendido hasta que sean un parejo golpear el de tu corazón y el del suyo, y pegar a tu boca su boca, respirando de tu aliento y de su aliento tu y quedar así las dos bocas prendidas para siempre en un beso inacabable de gloria y de amor eternos. Te deja ser vencido para que comprendas *que no a la fortaleza de tu brazo, sino al amor que la tuviste debes tu vida eterna.* Tu la amaste, invicto Caballero de la Fe, con el amor más esmerado y grande, con amor que se alimentaba de sus desdenes y rechazos.

. . . . . .

Así a nosotros, tus fieles, cuando más vencidos estemos, cuando el mundo nos aplaste y nos estruje el corazón la vida y se nos derritan las esperanzas todas, danos alma, Caballero, danos alma y coraje para gritar desde el fondo de nuestra nadería: ¡plenitud de plenitudes y todo plenitud! ¿Que yo muero en mi demanda? Pues así se hará ésta más grande con mi muer-

te. ¿Que peleando en pro de mi verdad me vencen? ¡No importa! No importa, pues ella vivirá y viviendo ella os mostrará que no depende de mi, sino yo de ella.

No es este mi yo deleznable y caduco; no es esto mi yo que come de la tierra y al que la tierra comerá un día, el que tiene que vencer; no es éste sino que es mi verdad, mi yo eterno, mi padrón y modelo desde antes de antes y hasta después de después...".

. . . . . .

"Vayamos a manejar el cayado con mano movida por el corazón mismo que nos hizo manejar la espada", nos propone Unamuno, y eso mismo hace Artigas: Es el mismo hombre, ese que allí está, paciente y potentemente, como el ibirapitá al cual se arrima, acendrando un cerno incorruptible, remoto y solo, alcanzando el destino prometeico que corresponde a su filantropía.

"El tiempo es el mejor testigo, y él justificará ciertamente el jefe de los orientales". (1)

---

(1) Carta de Artigas al general Güemes.

Algunos de los que fueron con él hasta la barranca del Paraná, esperaron su retorno durante años, metidos en la selva. Latorre, el vencido de la definitiva batalla de Tacuarembó, apegado al jefe por la solemnidad de la derrota, lo esperó año tras año. ¡Eterna creencia la de que el maestro prodigioso debe volver! ¡Es imposible que no vuelva!, exclaman los fieles y se dan a esperarlo. ¿Acaso él mismo no les dijo: "He de volver"? (2). Y ellos tomaron las palabras al pie de la letra, y esperan, y sus cabezas encanecen, y sus dientes se caen, y el grupo se ralea; y comienza el mirarse desconcertado de los que van quedando, y el retorcer interpretaciones, y el desaliento... sin advertir que en cada uno de ellos, y en cada uno de nosotros él puede volver, real y verdaderamente, porque su misión era cosa del espíritu, que puede cumplirse en su plenitud dentro de cada uno.

---

(2) En carta a su esposa, Latorre, desde Santa Fe, en 1923, le dice que Artigas le prometió volver.

Este libro se terminó de imprimir el día 26 de Diciembre de 1958, en los Talleres Gráficos de la calle Yaro 1282, Montevideo, Uruguay.

PORTA, Eliseo S. -

Artigas- valoración psic

40161

989.504
Art
Por

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA E

Este libro se presta hasta la última fecha indicad